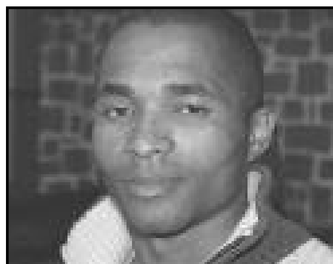
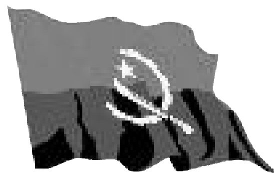




Hijo de la guerra, hijo de Dios

Abril, 18 *Carlos**

Carlos* tenía catorce años cuando llegaron los soldados, se lo llevaron de la casa de su madre a punta de pistola y lo condujeron a un campo lleno de otros niños asustados. Algunos eran más jóvenes que él. Vivían en Angola, y habían sido reclutados para el ejército.

Durante casi cuarenta años los angoleños habían estado en guerra. Tras obtener su independencia de Portugal, pelearon entre ellos mismos por el control del país. La guerra en los alrededores de la ciudad donde vivía Carlos era feroz, porque era la base de una de las facciones de las guerrillas.

Matar para sobrevivir

A Carlos le dieron un arma de fuego y le enseñaron a usarla. Con el tiempo aprendió otras estrategias militares, y durante cuatro años anduvo por territorios inhabitados del África, comiendo lo que encontraba, matando, y obedeciendo órdenes de sus superiores para poder mantenerse con vida. No se le permitió regresar a su casa para ver a su madre.

Después de una escaramuza con las tropas del gobierno, fue herido cuando la unidad a la que pertenecía huyó. Alguien lo ayudó salir del campo de batalla y lo llevaron a una aldea cercana. Sin embargo, en ese lugar no había hospital, ni siquiera una clínica donde atenderlo. Debido a la pérdida de sangre, se desplomó frente a un edificio y quedó tirado en el suelo bajo un inclemente sol, donde uno de los aldeanos lo encontró. El hombre se dio cuenta que Carlos era solo un niño. Lo ayudó a ponerse en pie y lo llevó a su casa. La esposa de este hombre curó sus heridas y le dio a tomar un caldo de verduras que habían preparado. Carlos lo tomó desesperadamente; no había comido durante varios días.

La familia lo trató más como un hijo que como a un soldado, aunque corrían el riesgo de ser ejecutados por hospedar a un soldado enemigo. El muchacho se fue fortaleciendo y disfrutaba escuchar a su anfitrión hablar acerca de cuánto lo amaba Dios. Las palabras del hombre eran como un bálsamo curativo para el alma de ese muchacho. Al escuchar orar a la familia, Carlos comenzó a añorar la paz y confianza que ellos tenían. Les pidió a sus nuevos amigos que le enseñaran a orar.

La comida era escasa, y la familia tuvo que vérselas para encontrar algún alimento. A menudo Carlos escuchaba que el padre de la casa oraba:

—Señor, ayúdanos a encontrar comida hoy, y por favor, mantén a los soldados alejados.

Carlos se dio cuenta de lo peligroso que era para la familia tenerlo allí. Sin embargo, se quedó con la familia hasta que terminó la guerra. Durante ese tiempo aceptó a Jesús como su Salvador, aunque no podía asisitir a la iglesia. Lo único que sabía era lo que la familia le enseñaba.

Paz… y nuevas luchas

Cuando la guerra terminó en 2002, Carlos regresó a su tierra natal. Supo que su madre se había mudado a la capital durante la guerra, pero encontró a un tío que lo invitó a vivir con él. Con gratitud aceptó su gesto bondadoso. Ahora tenía 19 años de edad, pero solo había terminado siete grados de escuela. Su tío pagó la colegiatura para que pudiera estudiar.

Carlos estaba muy agradecido con su tío, quien estaba haciendo mucho para ayudarlo, y se propuso obedecerlo. Pero pronto se dio cuenta que su nueva fe lo pondría en conflicto, no solo de su tío, sino de toda la familia.

Si bien Carlos asistía a la escuela durante la semana, su tío esperaba que trabajara los fines de semana. Cuando éste supo que Carlos quería asistir a la iglesia —los sábados—, se enojó y decidió eliminar este hábito que su sobrino tenía.

El muchacho no tenía suficiente conocimiento de la Biblia para refutar las acusaciones de su tío sobre los adventistas. Añoraba adorar con otros creyentes, pero no sabía dónde encontrar una Iglesia Adventista. Entonces su padre espiritual lo visitó y le mostró dónde podría encontrar una iglesia. Carlos asistió muy entuciasmado a la iglesia, donde se hizo de nuevos amigos y sintió que tenía un hogar espiritual.

A menudo salía de la casa de su tío antes de la madrugada y se iba sin comida con tal de escapar de la casa la lista de trabajo que le tenía para el sábado. Tenía hambre, pero quería adorar a Dios. Cuando su tío no pudo hacerlo desistir de su fe, le dijo que se fuera de la casa. Carlos encontró un cuarto abandonado detrás de un antro. No era el mejor lugar, pero era gratis. Y podía adorar a su Dios en paz.

Comparte las bendiciones

En el 2005, la madre de Carlos y sus otros hermanos regresaron a su casa. Su hermano le pidió que le permitiera vivir con él, de esa manera Carlos compartió su pequeño cuarto con su hermano.

Ha sido un peregrinaje largo y lleno de dificultades, pero Carlos le agradece a Dios por haberlo protegido y guiado a Jesús.

—Dios no se dio por vencido conmigo —dice él—. Ahora no quiero darme por vencido con mi hermano.

La paz ha llegado a Angola, territorio con más de 300,000 creyentes adventistas. Este trimestre parte de nuestras ofrendas del decimotercer sábado ayudarán a reconstruir tres escuelas que fueron dañadas durante la guerra. Miles de jóvenes como Carlos han rogado por una educación basada en la fe cristiana. No los defraudemos.

* Es un seudónimo.